

NOTAS

EPISTOLARIO DE MIGUEL ANTONIO CARO

CUATRO CARTAS A MARCELINO MENENDEZ PELAYO

Debemos agradecer a Don Enrique Sánchez Reyes, Director de la Biblioteca Menéndez Pelayo, el envío que nos ha hecho de las cuatro cartas que a continuación se publican, dirigidas por Don Miguel Antonio Caro a Don Marcelino Menéndez y Pelayo. La Academia Colombiana correspondiente de la Española había dado ya a conocer la mayor parte de la correspondencia entre los dos notables polígrafos en el tomo segundo de sus Publicaciones, que lleva el título de *Epistolario de Don Miguel Antonio Caro. Correspondencia con don Rufino José Cuervo y don Marcelino Menéndez y Pelayo*, Bogotá, 1941. Mas entre las numerosas cartas allí impresas faltan las cuatro que ahora ofrecemos al público, gracias a la diligencia y fineza de su poseedor, quien nos remitió copia de ellas.

Sea esta la ocasión de recordar a quienes guarden cartas de don Miguel Antonio Caro o de don Rufino José Cuervo, que agradeceríamos vivamente se sirvieran facilitarnos copias de las mismas, ya que nuestro mayor deseo es poder dar a conocer, lo más completo posible, el epistolario de los dos grandes escritores.

Bogotá, octubre 8 de 1879.

Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo
Madrid.

Mi estimado señor y amigo: Creo que ya son pocos los datos que le faltan a V. para poder hablar con conocimiento de causa, en la nueva edición de Horacio, del cultivo de la poesía horaciana en América Española. De Méjico y Venezuela tiene V. larga noticia. De Nueva York deben haberle enviado las poesías de Bello (edición por desgracia llena de erratas). De la República Argentina creo que apenas podrá citarse a Juan Cruz Varela, del cual hay algunas muestras en la *América poética* que Cortés publicó en París. Ya he dado a V. noticia del peruano Don Bernardino Ruiz. En el Ecuador, Bolivia y otras repúblicas, la cosecha poética ha sido pobrísima, y la lírica horaciana fruto desconocido.

En Chile se hacen buenos estudios universitarios, hay hombres ilustres, y se han publicado trabajos importantes sobre ciencias políticas e historia nacional; pero las Musas se han mostrado avaras en aquella

región. El chileno es, por lo regular, laborioso y emprendedor; poco inclinado a la idealidad.

Contrayéndome a mi patria, diré a V. que en la época colonial apenas se cultivó la poesía lírica, y no la lírica horaciana. Domínguez Camargo escribió algunas poesías gongorinas, y la monja Castillo compuso romancillos, letrillas, etc. en el estilo de Sta. Teresa. En el presente siglo nuestro primer lírico horaciano, aunque no conocido, fue mi abuelo Don Miguel de Tobar. Escribió lindas odas por los años de 1814-1818. Vargas Tejada, que floreció en 1820-1828, conocido principalmente como autor de la comedia *Las convulsiones*, hizo algunas odas que pueden verse en la colección de las poesías publicadas por Ortiz en 1857 (remito un ejemplar). No había salido de las aulas José Eusebio Caro cuando escribió algunas poesías de sabor horaciano; tal es por ejemplo la oda en el cumpleaños de Doña Mercedes Nariño (nov. 24 de 1834). Mas pronto mudó de rumbo, y fundó una nueva escuela de poesía lírica. Si por horacianas, aunque de valor escaso, merecen citarse algunas poesías mías, con ellas se cierra la lista de las pocas de este género en nuestro Parnaso. Nuestros grandes líricos Arboleda, Pombo, Ortiz, han seguido caminos muy diferentes.

He recibido las Poesías de Arango y Escandón. Me había formado de él mejor idea por dos o tres odas, muy limpias y agradables, publicadas ya en las Memorias de la Academia Mexicana.

Es entendido que no todas las noticias que le comunico a V. están destinadas a la publicidad; ni menos querría que V. tomase textualmente mis frases, emitidas a la ligera con todo el desaliño de la conversación familiar. Lo que no sirva recíballo con indulgencia como charla de amigo, y de lo aprovechable saque el jugo *Apis mature more modoque*. Si V. cree que vale la pena mencionar a mi abuelo, puede referirse a mí por lo que hace a las poesías que envió, pero en cuanto a datos biográficos, estará mejor que calle mi nombre, y cite por ejemplo el de Groot, que consagró a la memoria del Doctor Tobar una o dos páginas del tomo III de su curiosísima *Historia eclesiástica* (Apéndices). De esta obra hay un ejemplar en la Biblioteca de la Academia de la Historia.

De V. adictísimo amigo y admirador

M. A. CARO.

Bogotá, octubre 18 de 1879.

Sr. D. M. Menéndez Pelayo
Madrid.

Mi distinguido amigo: Los últimos correos no me han traído carta de V. ni correspondencia para el Repertorio.

Como no me conformo con que V. se quede sin ver el juicio de Bello sobre la traducción de Horacio por Burgos, se lo envió adjunto,

desglosado del tomo III del Repertorio Americano, corriendo el riesgo de que V. ya haya adquirido esta obra. A V., que es admirador de Burgos, no dejará de parecerle severo este artículo, pero no podrá menos de reconocer que hay en él excelente doctrina.

También he copiado para V. una epístola del mismo Bello que no ha sido coleccionada. Sé por un discípulo suyo que él la estimaba en muy poco. Hay, con todo, en ella lindos versos, y no le desagradará a V. la reminiscencia del *Quem tu Melpomene...* La parte final es interesante por las alusiones políticas que contiene. Bello había sufrido desaires del gobierno de su patria y había tenido desabrimientos y disgustos con Bolívar, que fue, si no me engaño, su discípulo, y después su jefe. Habiendo servido como secretario de la legación colombiana en Londres se le disminuyó el sueldo, y últimamente quedó cesante. Entonces se dedicó a dar lecciones a domicilio, y llamado por el gobierno de Chile se trasladó a aquella república, donde desempeñó hasta su muerte el cargo de Oficial Mayor de Relaciones Exteriores y el Rectorado de la Universidad. En la epístola a Olmedo describe ya los males que desde entonces nos aquejan. Bello se muestra allí quejoso y desengañado. El último verso del fragmento pinta gráficamente en lo que paró la libertad con tantos sacrificios conquistada, y consueña con las célebres palabras en que Bolívar, en sus últimos días, ponía la amargura de su corazón, como aquello de, "No sé si he hecho un bien o un mal a mis compatriotas..." "Hemos arado en el mar..." "La América es ingobernable..." "En América lo mejor que puede hacerse es emigrar", etc.

Nuestro pobre amigo Pombo sigue de mal en peor, y va por pasos contados a los últimos.

En el Repertorio de este mes concluyen mis apuntes "Virgilio en España", y saldrán luego unos artículos sobre Juan de Castellanos.

Desde mayo he escrito a V. todos los meses, y en el p.p. dos cartas. Temo estar abusando de la paciencia de V.; le dejaré descansar de mi charla algunas semanas.

Soy de V. apasionado amigo

MIGUEL ANTONIO CARO.

P. Sc.: Tenga V. la bondad de comunicar la adjunta al librero Sánchez.

En la traducción horaciana de Batres donde escribí "bien" (siguiendo con desconfianza una edición errada) debe leerse "sien": "El aura tu sien halaga...".

Hace meses que por mi orden remitió de París un amigo mío a la Biblioteca de la Academia Española un curiosísimo Ms. de mi bisabuelo Don Francisco J. Caro. No tengo noticia de que haya llegado, y estoy con inquietud. No tengo tiempo para escribir hoy sobre esto al Sr. Tamayo y Baus; hágame V. el favor de averiguar el punto.

Bogotá, diciembre 30 de 1882.

Sr. D. M. Menéndez Pelayo.

Estimadísimo amigo y compañero: El 1º del mes pasado escribí a V. una larga carta, y por lo que recuerdo, no poco impertinente. Confío en que en todo caso la sinceridad de mi lenguaje le persuadirá del afecto profundo y cada vez más entrañable que le profeso.

He leído el tomo III de los *Heterodoxos*, lo estoy volviendo a leer, y cuantas veces lo cojo se me pasan las horas sin soltarlo de las manos. Todo en él me ha gustado, en el fondo y en la forma, como ahora se dice; y mucho es también lo que en él he aprendido. Vi con gran satisfacción la cita que V. hizo de mi padre en una nota. Yo también publiqué por los años de 1868 una refutación de Bentham, en que hay algunas indicaciones originales a vueltas de una exposición desigual y poco firme, con filosofía racional y tradicionalista mal concertadas. Yo leía entonces autores franceses, y seguía principalmente a Jouffroy. No le he enviado a V. este ensayo de estudiante, porque lo he creído indigno de su atención.

Otro ejemplar de dicho tomo III he llevado a mi madre, que es grande admiradora de V., y no sabré decirle a V. cuánto le ha interesado su lectura; a mí me llama la atención sobre puntos en que no me había fijado, y a cuantos la visitan les habla de V., y les enseña pasajes de su libro. Algunos capítulos le han hecho recordar las tragedias de Voltaire y otras que en la primera Colombia se representaban con grande entusiasmo, y los nombres de autores impíos que andaban en boca de los mozalbetes descreídos de aquellos tiempos. Esta obra es una demostración de que las malas ideas que tanto nos han corrompido, no nos vinieron directamente de Francia, sino ya nacionalizadas en España, y que la historia de nuestras ideas filosóficas y de nuestras opiniones religiosas ha sido hasta muy avanzado el siglo, continuación del movimiento intelectual de la Península.

La influencia que tuvo la expulsión de los jesuítas, en la emancipación de América, es un punto muy importante, sobre el cual llamé ya la atención de paso en un prólogo a la nueva edición de la Historia de Piedrahita. Aquel acto público y ruidosísimo de atroz injusticia minó el poder real. La pérdida de las Indias fue el castigo del regalismo, y es bueno que esto se entienda bien en España.

De las cosas de América habla V. con bastante propiedad, siguiendo principalmente a Roa Bárcena, aunque con demasiada concisión. Cuando se trate de asuntos americanos conviene ir con tiento, para no incurrir en injusticias comprendiendo en un solo haz a todos los hombres de nuestra independencia. Duele hallar en obras ortodoxas errores tan garrafales e injuriosos como en el que incurrió Don Vicente de la Fuente en su Historia de la francmasonería poniendo con mucho desprecio a Bolívar entre los masones y propagadores de logias. El no haber querido jamás ser masón es uno de los rasgos que enaltecen al Li-

bertador y que más odioso le han hecho a los liberales. De las logias salió el proyecto de conspiración contra su vida en 1828, y en aquel mismo año en uso de facultades extraordinarias, prohibió las sociedades secretas bajo graves penas.

Le envío un número del *Diario de Cundinamarca* en que un gozque ha empezado a ladrarle a V. Yo me he propuesto no dejar sin contestación ataques semejantes, aunque por otra parte sean bien despreciables. Le incluyo los dos primeros artículos que han salido bastante desaliñados e incorrectos, porque tuve que escribirlos estando enfermo, y no pude revisarlos. En otro rebatiré los cargos que le han hecho a V. directamente, y espero que de esta parte no quedará V. descontento.

No he logrado ver la segunda carta de V. en la polémica con el Padre Fonseca. Le ruego a V. que no me deje a oscuras de estas cosas, porque puedo necesitarlas. En el tomo III de los *Heterodoxos* he visto los elogios que V. tributa a los filósofos escolásticos desde el Padre Alvarado hasta Pidal y Mon; y esto demuestra la injusticia con que han dicho algunos que V. se ha ocupado hace diez años en hacer guerra a la escolástica, etc.

Tengo un libro ms. importantísimo para la historia de nuestras letras intitulado: *El nuevo Luciano de Quito, o Despertador de ingenios quiteños en nueve conversaciones. . . Por el Dr. D. Javier de Cía Apestegui, año de 1779*. No he tenido ocasión de averiguar si esta obra se ha impreso alguna vez, o si es conocida en copias manuscritas. Infórmeme V. sobre esto.

Le desea a V. feliz año nuevo su más apasionado amigo

M. A. CARO.

Deseo saber a quién debemos Cuervo y yo la recomendación honorosísima que se hace de nuestra *Gramática latina* en un informe académico sobre la de Lomas, publicado a nombre de la Academia.

Bogotá, junio 8 de 1879.

Sr. D. M. Menéndez Pelayo
Madrid.

Mi querido señor y muy estimado amigo: Con fecha 4 de diciembre del año próximo pasado di larga respuesta a la carta con que V. me favoreció desde Santander y posteriormente he vuelto a escribir a V. No sé si V. no recibe mis cartas o si me las ha echado en olvido. De cualquiera manera que sea no resistiré a la tentación de felicitar a V. desde el fondo de mi alma por sus últimos y merecidísimos triunfos. Cuando hablé a V. de su preciosa monografía *Horacio en España* referíame a capítulos sueltos que leí en algunos números de la Revista Europea. Ya

poseo la obra, y me he deleitado en su lectura, en tales términos que, a pesar del mal estado de mi vista no dejé el libro de las manos hasta que le di remate. Ahora corre de mano en mano entre varios amigos que le han leído con delicia desmintiendo el demoledor presagio que V. estampó al final del prólogo.

Cosa curiosa es y censurable, bien que V. por haber estado ausente no tiene en ello culpa, que una publicación como ésta en que circunstanciadamente se citan los rútolos y fechas de los libros, no tenga ella misma fecha. Tres caídas se hubiera dado el viejo Disraeli por haber podido consignar un hecho semejante en las *Curiosidades Literarias*.

Sobre esta obra de V. le hablaré detenidamente en otra carta, si es que mi pobre correspondencia no le fastidiare. Hoy dispongo de breves momentos.

He remitido a V. por el correo:

- a) Un ejemplar completo de mi edición de Virgilio.
- b) Mis *Horas de amor*.
- c) La edición bogotana de la Ortología y Métrica de Don Andrés Bello: obra notable por la doctrina y la lucidez de exposición. Me gusta tal vez más que la Gramática, y si no me engaño es poco conocida en España.
- d) Anuario de la Academia Colombiana, tomo 1º.
- e) Sentimientos espirituales de Sor Francisca Josefa de la Concepción, natural de Tunja, escritora mística del siglo xvii. Mi abuelo materno Don Miguel de Tobar, del cual aparece en los preliminares una carta al editor Señor Castillo, cuidó de apuntar en notas los lugares de la Biblia — no todos — que traducidos o por reminiscencias intercalaba y graciosamente tejía la Reverenda Madre en sus escritos. Está también publicada la Vida que escribió de orden de sus confesores, y permanece inédita, y a mi disposición y a la de V., una segunda parte de Sentimientos con algunas poesías místicas al estilo de Sta. Teresa.
- f) Obras escogidas en prosa y verso de mi finado padre Don José Eusebio Caro.

Como no hay aquí medio de franquear impresos sino hasta los puertos de la República, he temido causarle a V. gravoso desembolso con mis envíos, y los he suspendido, aguardando ocasión de enviarle a mi costa una remesa de libros colombianos que puedan interesarle y serle útiles. V. debe pensar seriamente en escribir la historia general de la literatura española incluyendo a América.

Adjunta hallará V. copia de un ingenioso juicio de Macaulay sobre las transiciones bruscas de Horacio en las Odas. Transcribí también el concepto del mismo ilustre crítico acerca de Esquilo, ya que V., según dice La Ilustración, se ocupa en traducir las obras del trágico griego.

Veo por los periódicos que se ha reimpresso el tomo I de mi traducción de la Eneida en la Biblioteca Clásica. Siento que se haya empe-

zado a hacer la reimpresión sin mi conocimiento, pues yo habría comunicado muchas enmiendas. Hay en mi trabajo pasajes de que ahora me avergüenzo. He refundido casi todo el libro II y parte del I. Juzgo que V. tiene intervención en dicha Biblioteca Clásica, y en tal virtud le comunicaré por el correo que partirá de aquí el día 18 del que rige, algunas, pocas, enmiendas para que se introduzcan en los seis últimos libros, si llegasen en tiempo.

Comprendo que mi propuesta de correspondencia para El Repertorio Colombiano no puede tener efecto con las nuevas ocupaciones de V. He seguido enviándole esta revista y recomiendo a su benevolencia mis artículos. También le incluyo la traducción horaciana que hizo de una poesía de Ventura de la Vega un *scholar* inglés residente en esta capital. Hay otras poesías castellanas metrificadas en latín por el mismo Mr. Bond, entre ellas La Vaquera de la Finojosa de Santillana y el soneto de Quevedo a Roma.

Me repito a las órdenes de V. apasionado amigo y ss.

M. A. CARO.